

cho de ardores fervorosos! Pero cuál será aquel día sin noche, en que tu luz indeficiente brille á nuestros ojos, é inunde nuestros corazones con el torrente de sus delicias inefables? ¡Dios de bondad! mis entrañas se estremecen con tan sublimes esperanzas, y mi alma exclama en el ardor de sus deseos: ¡Quién como tú, Dios mio?

Tú, Señor, me has inspirado á hablar de tí y de las riquezas de tu gracia: tú sueles mostrar el poder de tu influjo en la debilidad del instrumento: tú sabes el motivo que dió impulso á mi celo: péntrame, pues, de tu ardor divino; préstame tu auxilio para que pueda mostrar tu luz á los ojos débiles que se deslumbran con los mismos resplandores de la fe, para que desengañe á los incautos, que con afán inútil y penoso buscan una felicidad que no pueden hallar fuera de tí, y para que descubra á todos la abundancia, la solidez y la dulzura que encerró tu bondad en los tesoros de la santa religion.

CARTA I.

EL FILÓSOFO A TEODORO.

Amigo mio: apenas llegué á esta casa, después de una muy larga ausencia, cuando me entregaron una carta tuya muy atrasada. ¡Qué vivas y diferentes impresiones ha producido en mi corazón! ¡Cuántos recuerdos tiernos! Pero ay, cuántas memorias dolorosas! Sí, las ideas de nuestra dulce amistad, tan antigua como nuestra existencia, me han despertado las sensaciones mas dulces y cariñosas. O qué crueles y voraces han sido los remordimientos de mi corazón con la memoria de tantos años como hemos malogrado, ocupándonos en delitos cuyo recuerdo me causa horror, y de que quisiera verte tan arrepentido como yo lo estoy!

Este estilo debe parecerse muy extraño, y quizá pasada la primera sorpresa te reirás, me creerás en delirio y me verás con lástima. No esperabas seguramente que te hablase así el cómplice, el compañero y aun caudillo de nuestra desordenada conducta. Digo el caudillo, porque aunque todos los amigos que formábamos nuestra desen-

frenada sociedad hemos vivido hasta aquí sin regla ni razón, habiendo perdido toda idea de religión, todo temor de Dios, y sin pensar más que en satisfacer á nuestras pasiones y sentidos: debo confesar que Manuel y yo éramos los peores entre todos, y los dos éramos, digámoslo así, las cabezas de la banda; éramos los más fecundos en inventar ideas detestables, que cuando eran más delinquentes, nos parecían más deliciosas; en fin, éramos los más impíos, los más disolutos y atrevidos, que proponíamos, alentábamos y hacíamos ejecutar los más horrorosos y execrables excesos.

¡Cuánto debe sorprenderte que este hombre, tu amigo desde la niñez, que conoces tanto, que has sido testigo y casi discípulo de su disolución y su impiedad, que ahora tres meses te perseguía para acabar de corromperte, y era el odioso escándalo de los que le conocían, pueda en tan corto intervalo haberse mudado tanto, que se atreva á escribirte en un lenguaje, que á no ser tan serio sería ridículo, y que aun puede parecerte tal, porque todavía estás embriagado con las falsas dulzuras del mundo y sus errores!

Pero ¡ay amigo! en el corto intervalo de estos tres meses en que tú no me has visto, yo he visto mucho, yo he oído mucho. He corrido países inmensos, he viajado por tierras dilatadas, he atravesado abismos desconocidos, he descendido al infierno, he subido al cielo, y por fin he vagado por

las inconmensurables regiones que empiezan con el tiempo y acaban por esconderse en la eternidad. Teodoro mio, ¡cuántas cosas he aprendido que ignoraba! ¡De cuántos errores he salido! ¡Cuántas ilusiones y extravíos de mi espíritu se han disipado! ¡Cuántas tinieblas que me tenían ciega el alma han desaparecido! ¡Cuántas nuevas verdades he visto! Yo me figuro hallarme como un hombre que después de haber pasado una larga vida en una cueva oscura, donde no penetraba luz ninguna, sale de repente á ver al sol. ¡Ah Teodoro! Si supieras por qué medios, por qué vías me ha conducido la Providencia á esta región de luz y de felicidad que me era tan desconocida, cómo admiraras las divinas misericordias, y cómo puede ser que á pesar de la ceguedad en que vives, quisieras aprovecharte de ellas!

Pero, amigo, no te considero ahora en estado de entender, y ménos de gustar la mayor parte de las verdades saludables con que se ha dignado el cielo ilustrarme; espero que algun día llegué el momento de piedad que te reserva. Cuando su bondad se ha compadecido de mí, el peor de los hombres, espero alcanzará también á tu corazón, ménos malo que el mio; pero mientras llega este día de misericordia, que yo imploraré en tu favor, quiero proponerte una verdad sola, porque es más proporcionada á tu situación y más conforme al deseo inquieto con que nos agitamos para ser

felices: sí, Teodoro. Tú, Manuel, yo, cuantos componian nuestra sociedad, y cuantos hombres ciegos son esclavos de sus pasiones, no buscan la satisfaccion que producen los placeres, sino porque imaginan hallar en ella la felicidad. Pero cuánto se engañan, y qué prueba mayor que nosotros mismos!

Nosotros hemos nacido con espíritus vivos, con corazones sensibles y capaces de fuertes impresiones. La naturaleza nos dotó de sus mejores dones; nuestros padres nos dieron un nacimiento distinguido, grandes riquezas, y todos los medios que facilitan en el mundo el goce de sus delicias y placeres: creimos que jóvenes, ricos, estimados, y pudiendo satisfacer todos nuestros gustos, debíamos llegar al colmo de la humana dicha. Nada nos ha faltado: ni nombre ilustre, ni salud robusta, ni libertad, ni fuerza, ni dinero, ni cuantos atractivos pueden contribuir á hacer mas agradables las lisonjas del mundo.

Para que nada se opusiera á nuestro deseo de gozar, supimos con valor intrépido adoptar esta filosofia temeraria, que para desprenderse de toda inquietud sacude sin temor las pocas ideas de una religion que regularmente se aprende muy mal en la primera infancia, y por consiguiente apartábamos nuestra vista de una vida futura, y sacudíamos el freno saludable de un Dios justiciero. Considerábamos los males venideros como mentidas

ilusiones, y los bienes presentes como los solos estimables. En fin, deshaciendo todos los lazos y soltando todas las cadenas, no pensábamos mas que en llenar los días y las noches con los falsos placeres del momento, y á trueque de gustar de sus delicias, atropellábamos todos los estímulos de la justicia y la razon.

Entremos, pues, en cuenta con nosotros mismos, y consultemos nuestra larga experiencia. Yo he pasado ya la mayor parte de mi vida, y tú una gran parte de la tuya: uno y otro no la hemos consumido sino en buscar esta felicidad tan anhelada en la abundancia de gozos y placeres. Además de los medios naturales con que nos han favorecido la naturaleza y la fortuna; además del esfuerzo que hicimos para desprendernos de toda idea de Dios y de su justicia, nacimos uno y otro con pasiones vehementes para gustarlos, y debemos confesar que pocos hombres han podido disfrutarlos, ni tan abundantes ni tan exquisitos.

Acuérdate cuántas veces en la embriaguez de nuestro corazon y para que ninguna amargura nos pudiese turbar, blasfemando decíamos los unos á los otros: No hay Dios; ó si le hay, ¿qué le puede importar el que sus criaturas se diviertan? Todas las religiones son invenciones humanas, artificios de impostores que han sabido alucinar con ellas á los pueblos para dominar á los fatuos. Acuérdate como estas ideas, que nacen fácilmente en un

corazon amante del placer, porque quiere gozarse sin zozobra, se fortificaban en nosotros con la lectura de los filósofos del día, sobre todo con la del intrépido Voltaire, caudillo de la irreligion, y la causa mas principal de la perversidad de nuestro siglo con la propagacion de la impiedad y de los vicios.

Así, pues, si los placeres fueran el camino de encontrar la felicidad, pocos mortales hubieran podido hallarla con tanta facilidad como nosotros; ninguno tendria mas derecho para ser y llamarse feliz. Querido Teodoro, tú no puedes negarme ninguno de estos hechos; pues bien, ahora te pregunto: ¿Has sido, eres feliz? Yo me lo he preguntado á mí mismo muchas veces, y mi corazon siempre me ha respondido: No: ni lo soy, ni nunca lo fuí. Por el contrario, cuantas veces me he dicho: Los que desde su oscuridad admiran el resplandor de mi opulencia, la suntuosidad de mi palacio, la riqueza de mis muebles, la abundancia de mi mesa, y la incesante variedad de mis diversiones, me llaman un mortal dichoso; pero ¡ay! el tranquilo artesano que siente estremecer su taller humilde con el rápido y tumultuoso estrépito de mi coche dorado, está muy léjos de pensar que yo soy mas infeliz que él.

Entonces, amigo mio, yo no podia conocer por qué los placeres del mundo léjos de contentar al alma, producen en ella este vacío que la disgusta

y tantas displicencias que la fastidian; pero ahora conozco que este es un favor especial del cielo. Dios ha dispuesto por un órden justo de su sabiduría que cuando él no reina en nuestro corazon, y este se abandona á la tiranía de sus turbulentas y desarregladas pasiones, él mismo sea nuestro mas implacable enemigo, y el mas continuo perturbador de nuestros fútiles placeres.

Este es un efecto de su misericordia; porque mientras no llega el día del irrevocable decreto, y cuando con la vida deja abierta la puerta al arrepentimiento y al perdón, las amarguras que vierte sobre los placeres del insensato que lo desconoce y olvida, no son los tormentos de un juez que condena al delincuente; son sí las tiernas diligencias de un padre, que pesaroso de nuestra pérdida, ordena á todo lo que no es él que nos despida de sí para arrojarnos en su seno; son los esfuerzos de un amigo, que hace inútil nuestro conato de ser dichosos huyendo de su bondad, para obligarnos por este medio á reconocer que solo Dios puede llenar un corazon tan grande como el que él mismo ha dado al hombre.

Así, Teodoro, tú te engañas á tí mismo, si quieres persuadirte que eres feliz. Todo lo que hay en tí, todo lo que pasa cerca de tí, todo lo que sientes te debe convencer de que esta felicidad que quisieras aparentarte, es el delirio de las ilusiones que te engañan; que correrás tras ellas sin jamas

alcanzarlas; que la dicha que esperarás mañana, será tan frívola y amarga como la que sientes hoy. Tú fueras el primero desde la creación del mundo que hubiera conciliado la paz y el reposo del corazón con el desorden de las pasiones y el abandono de la virtud.

Salomon había gozado de mas delicias que tú podrás nunca disfrutar. Monarca sabio y poderoso pasó por todos los grados de la grandeza humana; gozó de todo sin que hubiese placer nuevo para su corazón, y dejó escrito: (1) *El que sacude el yugo del deber y de la regla, es infeliz.* El mismo Salomon derramando su vista sobre la historia de su reinado y de su gloria, de su magnificencia y sus placeres, exclama con tono dolorido (2) que todo es vanidad, tormento y aflicción del espíritu; que todos los tronos de la tierra no pueden dar una felicidad comparable al amor y posesión de la virtud.

Examina bien, Teodoro, el carácter, la especie ó la naturaleza de esa felicidad que puede procurarte la satisfacción de tus pasiones, y hallarás que para gozarla necesitas de aturdirte y huir de tí mismo. ¡Triste felicidad! El corazón virtuoso para estar contento no ha menester tanto esfuerzo, tanta disipación y movimiento. Muy desdichado es el que no sabe á donde volverse, para descargarse del peso insoportable de sí mismo.

(1) Sap. iii. 11. (2) Eccli. i. 11.

Solo puede ser feliz el que en sí mismo lleva el manantial de sus placeres; el que sin deseos que le inquieten ni remordimientos que le aflijan goza de una tranquilidad dulce y profunda, que le permite divertirse con las recreaciones mas simples é inocentes. No son los objetos exteriores los que dan á su corazón la dulce y apacible serenidad que se manifiesta en su semblante y sus discursos; es su corazón mismo el que dirigido por Dios adorna todo lo que le rodea, imprimiendo á cuanto dice y hace la hermosura y riqueza de su propio fondo.

Por el contrario los idólatras del mundo y sus placeres: como estan desproveidos de fuerzas y recursos propios, ponen toda su esperanza en los que pueden venirles por de fuera; por eso sus deseos son tan impacientes y apasionados, sin que jamas los sepan moderar. Todo lo solicitan con ansia, todo lo anhelan con furor. Su corazón no se para hasta que todo lo devora, y se desengaña. Su ardor es impetuoso hasta en su reposo y su silencio. Nada los detiene hasta que llegan al extremo, y que no pueden ir mas adelante. Sus fiestas son confusión y estruendo, porque necesitan de una alegría loca y tumultuosa; y una alma desordenada ha menester poner mucha violencia en todos sus movimientos para distraerse de la vista y de la vergüenza de su propio interior.

Muy infeliz es el que emplea precauciones tan

extrañas para esconderse á sus mismos ojos: muy enfermo está el que recurre á medios tan violentos para no ver su corazón. Si esta es la dicha que puede dar el mundo, es necesario huirla, y temblar de ser feliz. El hombre pacífico y modesto que nunca ha conocido los favores de la fortuna, no pudiera tener mayor desgracia que perder la dulce felicidad de que goza con adquirir la opulencia y miseria de los poderosos del siglo.

Esto es muy claro, Teodoro; y si tú hasta ahora no has conocido la triste suerte de los que se llaman dichosos en el mundo: si hasta ahora no has conocido ni te ha lastimado la tuya propia, es porque hasta ahora no has probado otro estado mas dulce; es porque imaginas que tus males personales son una inevitable imperfeccion de la naturaleza. Creyéndote incurable, no buscas los medios de curarte; y la costumbre de vivir y agitar en la puerilidad de las pasiones, te ha cegado de manera que no ves la posibilidad de vivir sin ellas.

Esto era lo que por mí pasaba, y ni siquiera apercibía la degradacion extrema á que el desorden de los sentidos reduce á la razon. Yo juzgaba de todo con ligereza y sin discernimiento. Nada pensaba, nada prevenia, nada consideraba, y era continuamente mártir de una inconstancia que no me era posible contener. El reposo y el trabajo me eran igualmente fastidiosos. Me emba-

razaban todos los instantes que componian la duracion de mi existencia. Mi alma divagaba en un tropel de proyectos quiméricos, de esperanzas ridiculas y de ideas extravagantes.

Mi vida pública era un estudio continuo de vanidades y delirios, un papel fastidioso de ostentacion y orgullo, un afan importuno de ocultar con adornos brillantes mi vergonzosa corrupcion, dando un colorido de dignidad y de decencia á la baja-jeza de mis vicios. Mi vida privada se ocupaba toda en las convulsiones de la envidia, en las tinieblas de una melancolía dura y de mal humor, ó en las agitaciones de una impaciencia imperiosa y violenta, que me hacia intolerable hasta á mis propios dependientes. Mis criados estaban condenados á soportar las erupciones del volcan inflamado que me devoraba el corazón, de modo que yo era el escándalo y el suplicio de cuantos habitaban en mi casa.

Ve aquí mi retrato, querido amigo, y temo en parte sea tambien el tuyo. No es mucho que se parezcan los efectos cuando son tan parecidas las causas. Examínale bien; y si hallas que en efecto se te parece, considera si es hermoso, si es digno de tí, si es digno de un filósofo y de un hombre. ¡O virtud! ¿qué no pierde el que abandona ó no conoce tus caminos cómodos y derechos! ¡O Teodoro! ¡mucha desdicha es envejecer en la vida.

leza del vicio, y morir sin haber gustado una vez las dulzuras de la virtud!

Pero aun hay mas; porque ¿quién puede responderte de que envejecerás? ¿Quién puede determinar el intervalo que separa el momento presente de tu último suspiro? ¡Ay, amigo! aquí toco una circunstancia de la vida humana, que es la que mas consterna á los que se abandonan á sus gustos. Pero ¿por qué la filosofia, que tanto permite y tanto promete, no alcanza con sus sofismas á presentar ménos terrible la pavorosa imagen de la muerte? ¿Por qué no sabe consolarnos de la triste necesidad de bajar al sepulcro en breve tiempo? ¿Y qué puede valer una felicidad que nos abandona en la situacion mas importante de la vida, haciéndonos aborrecer un término de que ninguna fuerza nos puede libertar?

¡O muerte! ¿qué amarga es tu memoria al que no pone su esperanza sino en los tesoros y placeres! Por mas que se haga sordo, la importunidad de tu voz austera, de tu grito terrible, penetra hasta su corazon, y le hace estremecer en medio de sus contenidos delincuentes. No da un paso sin ver los espantosos atributos de tu violencia destructora, sin hollar las victimas con que cubres el globo y que la justicia divina entrega á tu insaciable saña.

Dime, Teodoro: ¿no oyes algunas veces esos tañidos melancólicos que desde las torres de los

templos se esporean en los aires, y cuya severa magestad domina sobre el tráfago confuso del ruido y los negocios de los hombres? ¡Ay, amigo! si los oyes, no te distraigas del horror saludable que producen. Ellos se hacen entender con acentos eficaces, y hablan con estilo poderoso al alma, que conserva todavía un resto de su primitiva elevacion. Su impresion de terror y tristeza en un corazon que aun no está muerto, es un indicio de que puede volver á la virtud; es el crepúsculo de la religion, que quiere amanecer y derramar en él todas sus luces.

Observa como estos mensajes de muerte que nos vienen continuamente del santuario, nos refieren con su triste elocuencia la fragilidad y la inconstancia de la vida. ¿Con qué fuerza y dignidad publican la eterna inmovilidad de este Dios inmutable, que ve, deja pasar y sobrevive á todo lo que existe! ¿De este Dios que nunca se muda en medio de las revoluciones y ruinas con que su brazo agita, altera y descompone al universo! ¿Quién, Señor, os es semejante? ¿Quién tiene esta fuerza de existir y durar, que da un carácter tan pavoroso á la sentencia de muerte que pronunciais contra los hijos de los hombres; y produce una idea tan formidable de la espantosa entrevista que cada uno de ellos debe tener con vos al instante que exhale el último suspiro?

Si, Teodoro, todo se desvanece, todo pasa. El

tiempo devorador con su paso tardo pero seguro, ha destruido hasta las ruinas de los tronos, ha borrado hasta los vestigios de los monumentos de su gloria; pero la duracion del imperio divino, tan eterno como indestructible, no está comprendida como la de los estados y potencias de la tierra, en periodos que se dividan y se puedan medir. Su origen y su término se pierden en aquel mismo insondable infinito en que se pierde nuestra imaginacion cuando quiere considerar lo que habia ántes de que existiera el mundo, y se extienden y prolongan en la perpetuidad de la esencia divina y de su esplendor inaccesible; de suerte que la historia de la eternidad absorbe y se traga la de todos los reinos y sucesos humanos, como el oceano se bebe las gotas que las nubes destilan en los aires.

¿Qué se puede, pues, pensar del insensato que consume los pocos dias que se le dan para vivir, en placeres frivolos y pasajeros, ofendiendo al que le dió la vida que malogra? ¿Qué nombre se le puede dar sino el de monstruo efímero y feroz, que no se aparece en el mundo sino para desvanecerse en un instante, y que al pasó que va cediendo, á la fuerza que lo empuja al sepulcro, se atreve á insultar al poder soberano que lo crió para hacerle feliz?

¿A quién se puede comparar sino á un estúpido, que arrebatado por una corriente impetuosa cuando va á sepultarse en los abismos, tiene el in-

creíble frenesí de ultrajar y rechazar la mano benéfica que se le presenta para salvarlo de aquel riesgo? Para decirlo mejor, amigo: la ceguedad de espíritu con que hemos vivido hasta aquí, no se puede comparar á nada; solo Dios con su infinita luz puede apreciar toda la estúpida insensatez de un corazon que se cierra á las luces de la religion y á los encantos de la virtud.

Bien sé que mis profanos labios, tan recientemente manchados con tantas blasfemias y delitos, no son dignos de pronunciar tan santos nombres. Tú mismo podrás hallar ridículo que el que no ha mucho te excitaba á los mas delincuentes horrores, te hable ahora de la religion y de la virtud; pero, amigo, no lo extrañes, y admira las misericordias de Dios. Sus divinas luces han mudado mi corazon: tres meses de reflexiones continuas y profundas con los auxilios interiores de su divina gracia, me han inspirado mucho horror de mis desórdenes pasados. Tú podrás, Teodoro, reírte; tú podrás decir que he perdido el seso, que se me ha vuelto el juicio. Esta es la ordinaria salida de los que bien hallados con su pereza y con sus vicios, no quieren hacer un esfuerzo para salir de tan mal estado; y cuando no pueden negar la conversion de un hombre instruido, por ocultar su propia vergüenza, atribuyen á debilidad de ánimo la nueva luz de un santo desengaño.

Tambien podrás decir que mi carácter siempre

extremado en todo, pasa súbitamente de la incredulidad al entusiasmo, del desenfreno á la devoción; en fin, tú dirás lo que quisieres; pero yo te digo con toda la seriedad de que soy capaz, que he conocido nuestros deplorables errores, que estoy desengañado y en la firme resolución de consagrar en esta casa de campo, la ménos suntuosa de las mias, el poco resto de vida que me puede quedar, en llorar los desórdenes de la pasada, expiando en los brazos y con los auxilios de la religion, tanto mis innumerables excesos, como los que he inducido á que cometan otros. Aquí imploraré la piedad del cielo por tantos ciegos, que arrastrados por la incredulidad y las pasiones, corren precipitados á su perdición: principalmente por tí, querido Teodoro; por tí á quien amo tanto; por tí á quien he dado malos consejos y peores ejemplos; por tí, finalmente, cuyo excelente natural es digno de conocer la verdad y profesar la virtud.

No me vuelvas á escribir de tus diversiones y desvarios, ni de esos objetos de seduccion, cuyos halagos me han sido tan funestos: yo no debo acordarme de nuestra disolucion sino para llorarla. Tu correspondencia me será agradable, porque siempre te amaré con la amistad mas tierna; pero no debe mezclarse en ella nada que altere la pureza en que deseo establecer mi corazon. A Dios, querido amigo. El te envíe un rayo de

aquella luz con que se ha servido iluminarme, y te haga por su misericordia encontrar la verdadera felicidad que léjos de él buscas tan en vano.

A Dios otra vez, Teodoro mio.

CARTA II.

EL FILOSOFO A TEODORO.

Amigo mio: tu respuesta me ha consolado mucho; yo no esperaba mas que irrisiones, ironías y escarnios de tu parte. Este es el estilo ordinario de los que afectan el insensato valor de despreciar los remordimientos, para no avergonzarse con la bajeza de sus vicios. Tú de buena fe, con mas rectitud en tu corazon y mas candor en tus labios, me confiesas sinceramente que á pesar de la juventud y las riquezas, que te presentan tantos medios de multiplicar tus placeres, jamas te encuentras satisfecho; que en medio de ellos sientes en tu corazon un vacío que derrama sobre tu vida un fastidio intolerable, y que no pocas veces te sorprende en el alma una inquietud que te atormenta, porque ciertos relámpagos, que atraviesan rápidos por tu imaginacion, te descubren un por-